

VERÓNICA GERBER BICECCI

Conjunto vacío

*A mi hermano, Ale, la otra
mitad del conjunto vacío*

Mi expediente amoroso es una colección de principios. Un paisaje definitivamente inacabado que se extiende entre excavaciones inundadas, cimientos al aire libre y estructuras en ruina; una necrópolis interior que ha estado en obra negra desde que recuerdo. Cuando te conviertes en coleccionista de inicios también puedes corroborar, con precisión casi científica, la poca variabilidad que tienen los finales. Estoy condenada, particularmente, a la renuncia. Aunque, en realidad, no hay mucha diferencia, todas las historias terminan bastante parecido. Los conjuntos se intersectan más o menos igual y lo único que cambia es el punto de vista desde el que te toca ver: la renuncia es voluntaria, el consenso es la menos común de las opciones, y el abandono es una imposición.

Tengo talento para empezar. Me gusta esa parte. Pero la salida de emergencia está siempre a la mano así que también me resulta relativamente fácil saltar al vacío cuando algo no me convence. Emprendo la huida hacia la nada a la menor provocación. Por eso esta vez no quiero preámbulos, intentaré evadir el comienzo, ya tengo demasiados. Estoy cansada de los preludios y el único momento al que podría volver con cierta seguridad es a aquel desenlace, a ese rompimiento que lo cambió todo en primer lugar, que me convirtió en una desertora, en una compiladora de historias irremediabilmente trucas.

Un buen día, sin previo aviso, desperté en el final. No me había levantado de la cama cuando, desde la puerta de la habitación, a punto de irse a dar clase, el Tordo(τ) me dijo:

Ya no eres la misma de antes.

Estuve intentando entender qué quería decir con eso el resto del día y no pude salir de las sábanas. ¿En qué momento dejé de ser la que era?

Todo sonaba muy raro, incluso sospechoso.

Pensé que tal vez se trataba de su crisis de los cuarenta. Pero no. Poco después entendí que cuando alguien te dice: «Ya no eres la misma de antes» significa literalmente: «Estoy enamorado de alguien más».

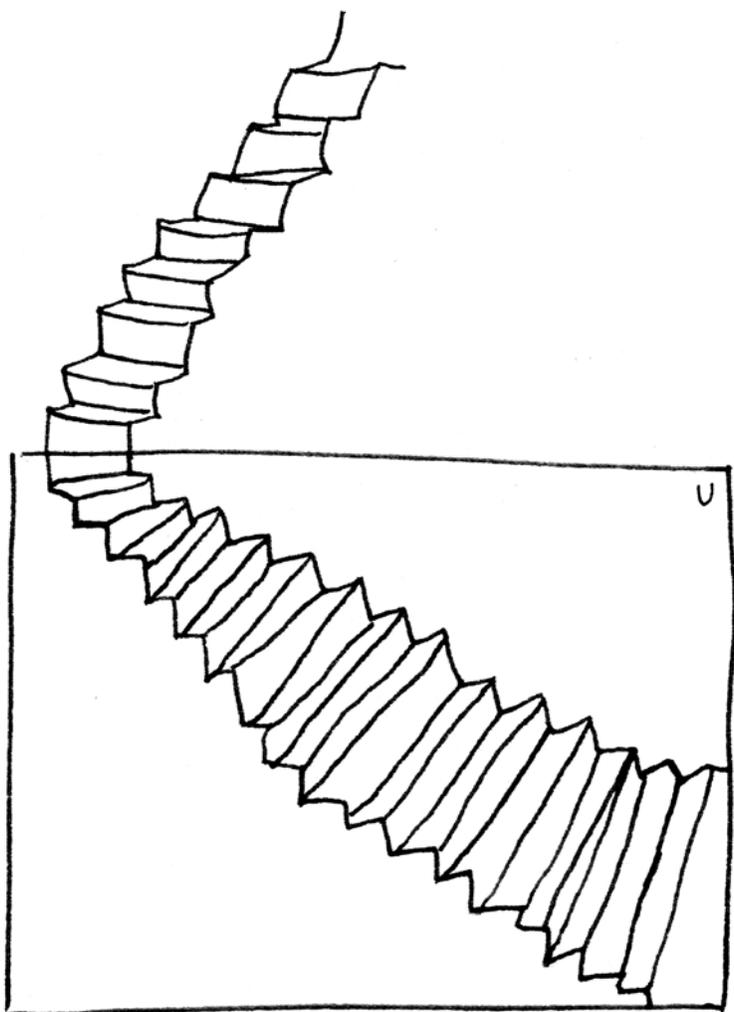
Me quebró. El Tordo(τ) me quebró.

Casi de un día para otro tuve que meter toda mi ropa en una maleta, escoger algunos libros, escribir una carta de despedida que nadie me pidió, llamar un taxi y volver al único lugar al que podía ir: el departamento de Mamá(m).

Había intentado olvidarme de ese tercer piso. De sus cañerías tapadas, sus platos y vasos desechables, del lavadero en la azotea donde enjuagábamos las ollas y sartenes de vez en cuando, de los electrodomésticos fundidos y del baño vaquero al que mi Hermano(H) y Yo(y) nos acostumbramos como si viviéramos en otro siglo. Había dejado de pensar en su inevitable aspecto de laboratorio de paleontología: los panales de polvo; la colección de esqueletos que alguna vez fueron plantas, clavadas en las macetas; las bolas de pelusa adheridas unas a otras formando extraños amortiguadores de peluche en las esquinas; los dibujos de cochambre en las paredes y techo de la cocina; la pátina gris de los vidrios, producto de infinitas capas de lluvia seca; y la serie de extraños microorganismos creciendo en los frascos abandonados del refrigerador.

Aunque hubiéramos podido pedirle a papá, nunca trajimos un plomero, no contratamos a alguien para que limpiara, ni lim-

RANGMEBOO



¿Cómo fue que llegamos aquí, a este punto? Todo se remonta a dos días antes de mi cumpleaños número quince. Invierno de 1995. Entonces Yo(y) tengo todavía catorce años y mi Hermano(H) diecisiete. Era temprano en la mañana, estábamos saliendo a la escuela y mamá dijo que no. Dijo que era mejor quedarse en casa. Dijo que no prendiéramos la tele, que no prendiéramos nada. Dijo que había que guardar silencio.

Nunca cumplí los quince, y eso que ya habíamos encargado un pastel de chocolate amargo para una fiesta que nunca se hizo. Su interminable ausencia —la de Mamá(M)— se llevó todos nuestros cumpleaños, enredó el paso del tiempo.

No hay causa reconocible, solo efectos. Corrijo: solo una frontera en el espacio-tiempo, flujos turbulentos, entrecortados. Entre cortados.

Solo una serie de pistas dispersas, sin sentido. Un conjunto que se va vaciando poco a poco. Fragmentos desordenados. Corrijo: añicos.

Repito: invierno de 1995.

Mamá(M) empieza a hablar de los árboles del parque. Dice que en las cortezas se ven rostros. Que todos esos rostros miran hacia la casa. Que todos esos rostros nos miran.

Nos ordena dejar de regar las plantas.

Si algo llegara a pasarme, dice.

¿Pasarte qué?, mi Hermano(Н) y Yo(У) respondemos en coro.

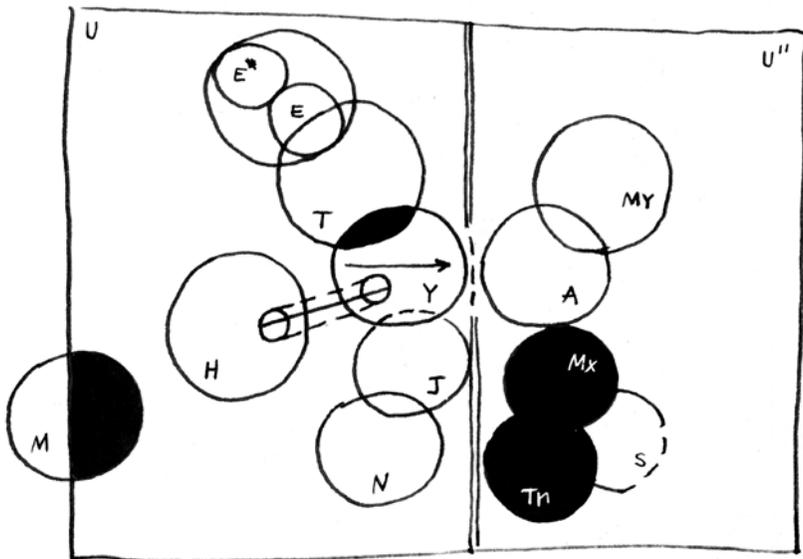
...

Después ya no logramos entender qué dice.

¿O es que no nos oye?

¿Qué dices Mamá(М)?

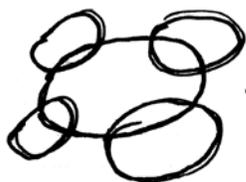
Así es como empieza a difuminarse.



EPÍLOGO

Busco en las páginas de mis cuadernos a la Verónica que escribió *Conjunto vacío*. Temo encontrarla y, al hacerlo, convertirme en una estatua de sal. Ensayo caminos alternativos y estrategias de deserción, pero mi curiosidad ha logrado confundir al miedo, contener la tristeza y sumergirme en la indagación.

La pista más lejana aparece fechada el 5 de diciembre de 2005:



¿las personas se inter-
sectan en una
historia?

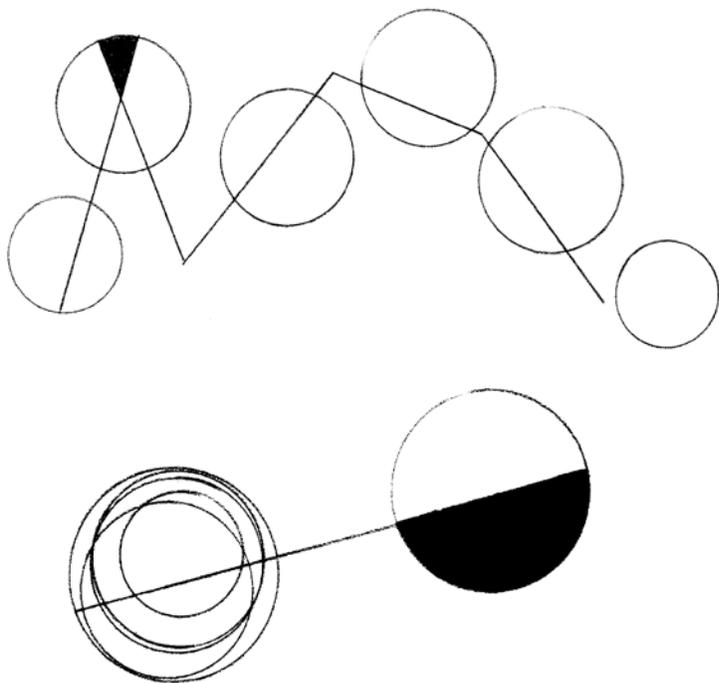


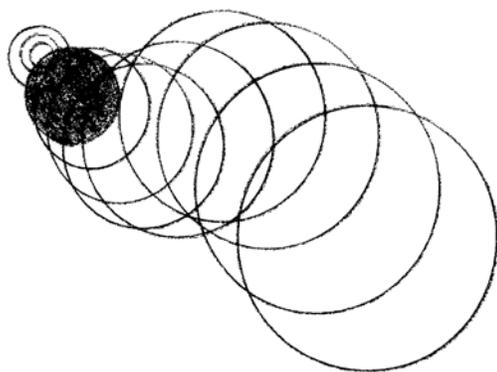
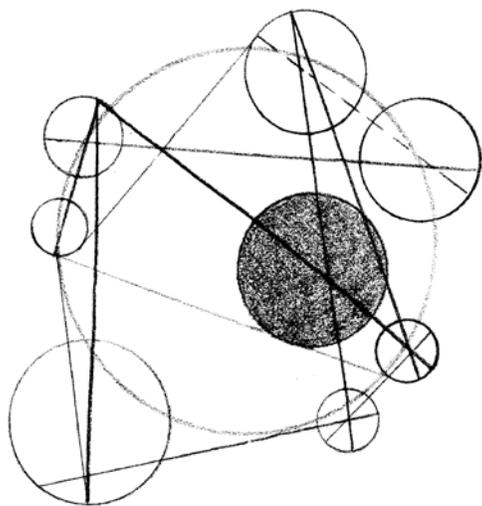
¿o entre ellas y
con una historia?

si no hay historia
única, ni verdadera,
ni compartida
¿cada personaje en la historia?



Esta nota forma parte de la investigación que desarrollé para un proyecto llamado *Todas las cosas suceden simultáneamente*, y cuyo título final fue *Homesick* (2007). Fue, de algún modo, mi primer intento de escribir *Conjunto vacío*. Se trata de un ejercicio autorreferencial que partió de una premisa sencilla: «A finales de octubre de 2004 tuve que dejar inesperadamente la que había sido mi casa». Resultó en una bitácora que registra obsesivamente mi cotidianidad durante un año. A través de fotografías, correos electrónicos y mapas intentaba «entrever las coordenadas de un lugar posible». Los «mapas» a los que me refiero son figuras geométricas que señalan las relaciones o tensiones entre los personajes y objetos que aparecen en las fotografías. Se ven así:





Según ese mismo cuaderno del 2005, en aquel entonces estaba leyendo *Mountolive*, el tercer volumen de *El cuarteto de Alejandría* de Lawrence Durrell. No había vuelto a reparar en esos libros. Mi mamá los leyó, mi papá los leyó (por sus subrayados concluyo que al menos los dos primeros), mi hermano los leyó. Yo fui la

AGRADECIMIENTOS (CORREGIDOS Y AUMENTADOS)

A Cy Twombly (página 45); Ulises Carrión (página 105); Alighiero Boetti y Jacques Calonne (página 106); Marcel Broodthaers y Carlfriedrich Claus (página 107); Mirtha Dermisache y Roberto Altmann (página 108); Clemente Padín y Vicente Rojo (página 109); Carlos Amorales (página 110). La exposición imaginaria en el Museo Tamayo es un homenaje a todos ustedes y a sus exploraciones en la escritura asémica.

Al Premio Aura Estrada y a Francisco Goldman. A las residencias en Ucross Foundation, Ex-Hacienda de Guadalupe, Oaxaca y Ledig House por el espacio y tiempo para escribir.

Parte de este libro se escribió con la beca Jóvenes Creadores del FONCA (2012-2013) bajo la tutela de Jorge F. Hernández.

A la lectura y comentarios que Elisa Navarro Chinchilla, Luis Carlos Hurtado y Néstor García Canclini hicieron del manuscrito final.

A Julián Lacalle por darle casa en España a *Conjunto vacío* y a todo el equipo de Pepitas por recibirlo con tanto cariño.

A Claudia Castañeda y Sara Uribe por escribir conmigo el epílogo y acompañarme en la difícil tarea de recorrer el camino hacia atrás.

A quienes pensaron y escribieron conmigo: Guillermo Espinosa Estrada, Juan Pablo Anaya y José Aurelio Vargas. Sin ustedes, *Conjunto vacío* no existiría.